



LA PA CETARTI CETARTI

POR CARLOS BUSQUED. ILUSTRACIÓN DE ALEJANDRO BARBERO. Carlos Busqued dejó un futuro promisorio como Ingeniero Metalúrgico y se dedicó a relatar, primero en Córdoba y luego en Buenos Aires, el delicado equilibrio entre Cetarti, Duarte y Danielito. Finalista del Premio Herralde, uno de los más prestigiosos de habla hispana, la novela *Bajo este sol tremendo* que ya está en las librerías de la Docta. Antes del banquete, LaCentral te propone un tentempié con el capítulo 35. Cortesía de un amigo, el autor, para el que guste servirse.



Menos encozada y con un poco más de seguridad en los movimientos, su madre caminó hasta la cabeza de la víbora (una lampalagua enorme) y le disparó. La serpiente no dejó de moverse. A Danielito le dio miedo y le dijo a su madre que seguía viva.

—No no —dijo su madre—. Las víboras se siguen moviendo después de muertas, un rato largo. Su madre se movió hasta una parte especialmente abultada del cuerpo de la víbora y sacó un cuchillo. Abrió el cuerpo de un tajo y de adentro extrajo un lechón desarticulado, con la mayoría de los huesos rotos. De repente, Danielito sintió unas intensas ganas de orinar. Sacó la vista de la escena y descubrió que estaban en el cementerio de Gancedo, bajo el sol rajante. Comenzó a buscar un lugar para orinar pero en todos lados del cementerio había de repente, gente mirando. Era imposible orinar sin que alguien lo viera. Sentía que la vejiga iba a estallarle, pero justamente gracias a ese dolor pudo primero advertir lo extraño de la situación, después caer en la cuenta de que estaba soñando y finalmente despertar con lo justo para no mearse en la cama. Volviendo del baño se sirvió un vaso de Coca-cola de la heladera y se lo tomó sentado en la oscuridad de la cocina. Después volvió a la cama y se durmió como un tronco. A la mañana desayunó morosamente, mirando los noticieros en la televisión. Pensaba con muy poco entusiasmo en que tenía que ir a enterrar los perros. Esta tarea en sí no le planteaba mayor problema, lo que

no quería era ir a la casa de su madre. Había sido una estupidez dejar los perros ahí. Si los hubiera dejado en su casa los estaría enterrando en ese mismo momento. Y tenía que ir sí o sí, ya debían estar hinchados y empezando a echar olor. Se vistió, armó un porro y buscó las llaves de la casa de su madre. Antes de abrir el portón, fue al patio y cargó en el auto una bolsa de cal viva.

Los perros efectivamente ya estaban hinchados y con olor. El empaquetamiento había sido eficaz, las bolsas y la cinta habían resistido el cambio de volumen, pero el olor era fuerte. Gracias a la marihuana, la operación de cavar el pozo (un metro y medio por dos de lado, dos metros de hondo) fue llevadera. Los tapó primero vaciando la bolsa de cal encima de los cuerpos y agregando después capas de medio metro de tierra, aplastando una antes de echar la otra. Después volvió a la puerta, agarró la caja con las cenizas de su madre, fue al baño y las tiró al inodoro. Apretó el botón del depósito de agua tres veces hasta que no quedó ningún rastro gris contra el blanco de la taza. La cenizas de su padre y la caja de zapatos con los huesos del chico que habían ido a buscar a Gancedo las encontró fácil: estaban en la cama de su madre, del lado que ella no ocupaba. Echó las cenizas de su padre al inodoro y con los huesos del anterior portador de su nombre hizo lo mismo, aunque primero los tuvo que meter en una bolsa y molerlos con un martillo para que pasaran. Después fue has

ta el patio con las dos urnas de madera y la caja de cartón y les prendió fuego con alcohol y fósforos.

—Hiciste bien, —le dijo Duarte horas más tarde, en oscuridad de la cabina de la camioneta, con la cara apenas iluminada por el resplandor del tablero— si los hubieras enterrado o hubieras guardado las cenizas, iban a estar ahí siempre. Es muy sano, me parecé. Se fueron, ya no están más.

—A los perros no los quemé, —dijo Danielito— los enterré nomás.

—Bueno pero son perros, que te importa. Ni siquiera eran tuyos.

Duarte tenía razón, los perros no importaban. Los restos de su familia ahora circulaban por las profundidades de la red cloacal de Lapachito.

—¿A dónde va el agua de las cloacas?

—Ni idea. —dijo Duarte. Danielito había visto una vez un documental sobre la repotabilización en redes cloacales, y se estremeció de pensar que en Lapachito hicieran lo mismo y algún día terminara tomando un vaso de agua con restos de las cenizas. No tenía que tomar agua de la canilla, por lo menos por un tiempo. Eran las doce de la noche y hacía rato ya que habían salido del Chaco y entrado a Santiago del Estero, habían pasado largamente Quimilí, y faltaban unos kilómetros para Suncho Corral. Se movían por rutas laterales, muy poco transitadas.

—Y vos como estás.

—Bien. —dijo Danielito.

Duarte se quedó unos segundos en silencio y después volvió a hablar.

—¿Sabés qué tenés que hacer ahora, vos? Irte de viaje. Si tenés guita hijo de puta, no gastás nada. Ahora va a venir un lindo toco aparte, con eso sólo te alcanza y sobra. An-

date no sé, a Mar del Plata. Que Mar del Plata. A Brasil andate. Instalate un mes en un hotel a todo culo, comiendo ananá en la playa, ahí, con pendejas chupándote la pija...

A Danielito le gustó la idea de comer ananá, se imaginó el jugo fresco y dulce fluyendo por los dientes al morder la pulpa amarilla. El resto de las cosas era como si Duarte le estuviera leyendo los titulares de un diario de otro planeta.

—En serio pibe, la vida no es todo el día encerrado viendo tele. Te va a hacer bien cambiar un poco el aire, especialmente ahora.

Danielito hizo un gesto vago como para responderle algo, pero no le dijo nada. Duarte puso un cassette de Jorge Corona en el estéreo, y durante cuarenta y cinco minutos escucharon chistes sobre gauchos que se culeaban chanchas, mejicanos que gritaban, "¡Viva la menstruación!" y otros por el estilo. Pararon en una estación de servicio pasando Brea Pozo, Duarte bajó para cargar gas oil y le dio cincuenta pesos a Danielito, para que fuera a comprar sandwiches y gaseosas en el bar.

—En media hora entramos a las salinas y ahí ya no hay nada. Comprate un par de botellas de agua mineral también, por las dudas.

Mientras esperaba para pagar, vio que Duarte se metía a la parte de atrás de la ambulancia, seguramente para chequear que todo anduviese bien. Ya unos kilómetros adentro del salar, Duarte puso Radio Nacional y le dijo a Danielito que armara uno. Había luna llena, la luz rebotaba en la planicie salina y se veía perfecto, así que Duarte apagó los faros de la camioneta. Fumaron sin hablar, escuchando noticieros provinciales musicalizados con folklore de distintas regiones, mientras veían pasar el desértico paisaje, iluminado como con luz negra. ●



POR SERGIO MANSUR*

OJALÁ

OJALÁ
OJALÁ
CARLOS
BUSQUED.



Durante dos años más bien tenebrosos de nuestras existencias compartimos el alquiler de una casa. Puedo recordar que Carlos leía bajo la ducha o iba al gimnasio después de tomar un par de vasos de ginebra y/o generarse lo que eufemísticamente llamaba "estado de percepción". Eran épocas de temor y zozobra. Para conjurar la incertidumbre consultábamos el I Ching y analizábamos durante horas las difusas respuestas del libro de las mutaciones. Cada vez que aparecía un dictamen favorable, repetíamos: Ojalá.

Pedazos del personaje que supo construir: dueño de una memoria envidiable capaz de citar textualmente largos pasajes de Carver, Capote, Dennis Cooper, Philip Dick, Burroughs o Mishima; recolector de diálogos memorables en su mp3, algunos de ellos registrados en episodios de podcast en su blog (borderlinecarlito.blogspot.com); coleccionista de cómics bizarros; amante de los pasajes más truculentos de la segunda guerra mundial y ensamblador de maquetas de aviones; defensor de la pornografía como espacio de inmunidad; y adépto a desviaciones y rarezas de la naturaleza —aclaro: hay desviaciones que terminan en tendencias, y en esta sociedad violenta y fragmentada, los dos protagonistas de la novela atienden el bar próximo a tu casa. Esta enumeración constituye sólo una parte del personaje, bastante parecido a él y fundamentalmente hecho de palabra escrita y relatos.

¿La otra parte? También está hecha de palabras, porque cuando los dioses tardíos de los últimos 100 años (las mie-

les de la globalización y su gran aldea, la inmortalidad de los mercados, el ambiente inagotable, el progreso continuo) están muertos, o agonizando, Carlos Busqued, Carlitos, concluye su gran obra y en vez de andar golpeando puertas para que la lean se encuentra mercedadamente con la alfombra roja que le extiende Heralde. Bastante mejor que lo que se podía imaginar en nuestras consultas al I Ching. El presente de Carlitos es, sin dudas, el resultado de una presunción y del poderoso destino de un deseo: durante mucho tiempo fortaleció la idea de que el único camino posible para él era terminar su novela y "pegar algo, una vez en la vida". La literatura a veces es el único (o el mejor) de los refugios para algunas inteligencias especiales y seres complejos y maravillosos que están caídos de la especie, al margen de las promesas de una época y los designios familiares. Tierna ilusión en un alma atormentada en un personaje oscuro en un ser tierno. Qué más.

Por último es preciso mencionar que hoy, a la luz de los hechos, es un poquito más probable que se pueda dar su idea de paraíso: envejecer en "estado de percepción" en una playa de Brasil, rodeado de mujeres jóvenes del Este de Europa, donde yo tenga que quitarle al Carlos la pesada carga de tener que decidir qué piba puede acercarse a él y cuál debería quedar conmigo. Ojalá!

* Docente, investigador y poeta. Nació en Reconquista (Sta Fe) y hace 24 años que vive en Córdoba